REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4 | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 17 DE JULIO DE 1922 | No. 17

Discurso pronunciado por el Presidente de la Universidad de California, Doctor David Prescott Barrows, durante los ejercicios de graduación de la clase de 1922

COMO graduados universitarios no sois más una clase privilegiada, porque América es una tierra en donde abundan las personas bien instruidas. Pero os encontraréis en las comunidades donde os establezcáis, que sois nada menos que aquellos a quienes hombres y mujeres se dirigirán en busca de iniciativa, buen ejemplo y para llevar la carga de las responsabilidades sociales.

No evadáis estas responsabilidades. Cuando se os presenta trabajo aceptadlo. El mundo está lleno de oportunidades para aquellos hombres y mujeres que están activamente ocupados, pero pocas puertas se abren al ocioso. Tal vez no encontraréis inmediatamente el empleo para el cual os habéis adiestrado y que deseáis en vuestro corazón; no obstante, tomad el servicio que primero se os presente y desempeñadlo lo mejor que podáis; vuestro camino se dirigirá naturalmente hacia aquel que más grande y justamente prefiráis.

Estad contentos, hombres y mujeres. Arreglos económicos, provisión sencilla para nuestras necesidades, son las únicas satisfacciones disfrutables. Plantaos firmemente en el orden moral que nunca cambia. El mundo está lleno de gentes ocupadas en inventar nuevas formas de vida que nos libren de los sacrificios del antiguo orden moral. Abnegación, continencia, lealtad—estas claras concepciones a las cuales debe el alma siempre obedecer—no cambian ni una jota ni una tilde de generación en generación.

No encontraréis mucho para guiar vuestra vida en las enseñanzas con que hoy el mundo se galardona. Vivid, si gustáis, en la filosofía engañosa del último receptor del premio Nobel, Monsieur Anatole France, y por un momento podréis creer haber escapado diestramente a los antiguos impedimentos sobre vuestra libertad natural, pero al final de ese camino hay tristeza y destrucción.

Sed religiosos, hombres y mujeres, y por esto significo, no pretendáis vivir por lo que habéis aprendido o lo que el hombre pueda saber. Vivid por la fe. Esto es, vivid por las convicciones que no descansan en nada que la ciencia os haya enseñado, ni en ninguna cosa de que la filosofía os haya convencido, sino que nacen de las esperanzas que entran al corazón humano, no sabemos cómo; que nos impulsan a veces, no sabemos por qué, pero en las cuales confiamos y obedecemos y nos llenan con la paz que supera toda comprensión y no conoce vacilaciones.

Al despedirme de vosotros, os doy una corta plegaria, una plegaria muy antigua, dirigida hace siglos (por Sócrates) a una deidad pagana:

«Amado Pan, y vosotros todos los otros dioses que habitáis este lugar, dadme belleza en el alma interior y que el cuerpo y el espíritu sean de acuerdo. Que considere al sabio ser el rico, y que tenga yo tal cantidad de oro como nadie sino el sobrio puede llevar consigo.

¿Hay algo más? Esa plegaria, creo que es para mí suficiente.

(Envío del Consulado General de Costa Rica en San Francisco de California).

SAN FRANCISCO

(Aguafuerte de CARLOS A. CASTELLANOS).

(Véase la nota de la pág. 230 de esta entrega).

Desde la torre del vigía

POR ROBERTO BRENES MESÉN

CON CICERON Y SAN PABLO

¡Qué profunda consolación hay en volver la espalda a las pequeñeces de los adversarios e invitar a los grandes de entendimiento en torno de nuestra mesa para deleitarnos con su conversación! El tiempo les ha dado una sabiduría trascendente o la distancia ha derramado un azul de ideal entre ellos y nosotros. Sus palabras nos llegan serenas y dulces, y nos hacen olvidar toda acritud, la ajena y la nuestra.

¡Qué elevador encanto experimento en este instante con Cicerón a mi izquierda y Pablo de Tarso a mi derecha!

El uno cuenta con la fluidez sonora de riachuelo que corre montaña abajo. El otro, así como es, pequeño de cuerpo, erige sentencias altas como cedros de Syria.

Pido al príncipe de los oradores latinos que me relate, una vez más, el Sueño de Scipión. ¡Se lo he admirado tantas veces! Hay tanta belleza en esa deliciosa narración. A ratos la voz de Platón parece brotar de los labios del romano.

Cuando llega a este pasaje se lo hago repetir hasta aprenderlo bien. Con lenta voz Cicerón reitera:

«Ten valor—me contestó—y recuerda que si tu cuerpo ha de perecer, tú no eres mortal; tú no eres lo que representa esa forma corpórea; lo que hace al hombre es el alma y no esa figura que puede señalarse con el dedo. Ten presente que eres dios, porque dios es el que siente, recuerda, prevee gobierna y rige el cuerpo a que estamos unidos, como el Dios supremo gobierna el mundo: así como el Dios eterno mueve el mundo en parte corruptible, el alma inmortal mueve el cuerpo perecedero». (Cicerón: *De la República*, Lib. VI).

Recuerdo, al oirle las últimas palabras, que Cicerón es el pensador pagano y tornándome a San Pablo, miróle sonriente, moviendo la cabeza en señal de aprobación.

A mi actitud interrogativa, el Apóstol de los gentiles respondió:

—Cuando escribí mi primera epístola a los Corintios yo les dije: «El primer hombre es de la tierra; terrenal; el segundo hombre es el Señor de los cielos». (I Cor. XV, 47). «Ni la carne ni la sangre pueden heredar el reino de Dios». (Id. 50).

—De suerte, me permití interrumpirle, que lo que Cicerón llama cuerpo perecedero el Apóstol llama hombre terrenal y que lo que él primero llama «el dios», «el alma inmortal», el segundo lo denomina «Señor de los cielos», que sólo puede «heredar el reino de Dios».

En esa misma carta—continuó el santo cristiano—yo he dicho: «¿no sabéis que vosotros sois el templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?» (I Cor. III, 16).

Así es verdad. De suerte que no existe diferencia en la doctrina. «Ni puede haberla—creí que me iba a replicar el santo—, pues que las dos enseñanzas proceden de una misma fuente».

Allí cerca estaba el evangelista Mateo, a quien pregunté su parecer. El me contestó: —El Maestro ha dicho: «Sed vosotros perfectos así como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto». (Mat. V, 48),

Esto aconsejáis al hombre. Luego es de rigor que sea posible alcanzar tal perfección. Evidente. Mas ¿puede lo que nada de divino tiene, lograr la perfección del Padre que está en los cielos? No. Eso sería un contrasentido. El hombre es una alma esencialmente divina, en vías de perfección. El empeñarse en alcanzar esa perfección es lo que se llama vivir vida cristiana. Porque el cristianismo no es un conjunto de dogmas puramente externos. El cristianismo es un estado del alma y el género de vida que conduce a tal estado del alma.

En tan amena plática se nos han ido horas serenas. Es ya más de media noche. Voy a recogerme, contento de saber que Cicerón me ha dicho: «Ten presente que eres dios» y que San Pablo me ha repetido: «¿No sabéis que vosotros sois el templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?»

CIRCULACION DE LA SANGRE

De la naturaleza del fénix tiene la ciencia humana: se levanta de la tierra en busca de la mayor altura, se cierne en ella y luego, desplomándose, prenden fuego sus alas para caer de nuevo hechas cenizas sobre la tierra.

Pero lo importante no es precisamente la ciencia misma, sino el desarrollo interno que se realiza en su busca; lo trascendente no es la ciencia, sino la sabiduría. La ciencia es una de las escalas por donde se asciende a la sabiduría. Obra de genio es poner un nuevo peldaño en la escala; distinción del alma es subir por ella; ceguedad de entendimiento encastillarse en ella y no querer subir más arriba, más arriba, donde la ciencia se trasciende a sí misma.

Pero cuando una época la ve caer por tierra hecha cenizas, otra generación de hombres la levanta. Suelen éstos creer que su ciencia es la más sabia, la más elevada, y comparando cuanto tienen con los ruinosos vestigios de otra ciencia del pasado, irguiendo la cabeza júzganse superiores y desdeñan las ruinas, como si éstas hubiesen sido siempre ruinas.

Los más desdeñosos, los semi-científicos. Pero los arqueólogos, los filólogos, resultan incansables. No sólo resucitan ciudades o descubren poemas. También excavan civilizaciones y con ellas fragmentos de ciencia, de la que hoy se juzga maravilla de método. Para la civilización actual la circulación de la sangre data de Harvey y de Servet.

En el papiro Ebers se menciona la circulación de la sangre. En el papiro Smith que va a ser objeto de discusión en el próximo mes de julio en el Centenario de Champollion, la circulación de la sangre se describe de manera más extensa, revelándose un conocimiento justo de todo el sistema.

«Hay en el corazón—dice un pasaje—un canal que conduce a todos los miembros del cuerpo. Si el médico pone sus dedos en la parte posterior de la cabeza, en las manos, en el pulso, en las piernas, descubre el corazón, porque éste se comunica con todos los miembros y palpita en los canales de todos ellos».

El papiro no es un tratado de medicina: es una explicación de un caso, una herida en la cabeza y las consiguientes perturbaciones en el cuerpo. «Contiene además, instrucciones para operaciones en fracturas y disloca-

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	₡ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

ciones producidas en la cabeza y el cuello».

Como los médicos de hoy, los egipcios «contemporáneos de los patriarcas», tres mil quinientos años ha, fiaban más en las operaciones que en las drogas.

Y si pensamos que el saber estuvo en manos de los sacerdotes egipcios y de quienes vivían en comunicación con los templos, ya es bastante para moderar ese desapacible desdén con que se juzgan religión y ciencia egipcias.

Syracuse. N. Y.

(*Envío del autor*).

NOCHES DE LECTURA

5.—*MAS QUE EL AMOR!*

Por Gabriel D'Annunzio.

En la semana pasada, en el Teatro Costanzi de Roma, se alzó iracundo el egoísmo social contra las sanas aspiraciones individuales al desarrollarse las pocas escenas que forman los dos episodios de la tragedia ática que Gabriel D'Annunzio tituló Más que el amor!

Ante la angustia metafísica que se velaba en cada una de las frases que decía el protagonista, Conrado Brando, y que se hacía evidente en las sonrisas dolorosas con las que subrayaba el concepto nietzcheano que se ha formado de la existencia, se levantó, en nombre de la finalidad moral que socava los cimientos de la verdadera vida, un público que no ha logrado comprender todavía que cada uno, en la existencia, está en la obligación de abrirse el propio camino que ha de llevarlo a las más solitarias cumbres o a los abismos más poblados.

Yo también defiendo a Conrado Brando! Defiendo en él al ser que ha sentido dentro de sí las ansias sublimes de glorificar la vida. El radicalismo que pone en cada una de sus acciones y en cada una de sus palabras ese prisionero de la propia idealidad, hace apreciar en su verdadero valor, la tristeza angustiosa que llena su alma al comprender que la vida es algo esencialmente inmoral.

No creo, como Vincenzo Morello en La Stampa de Turín, que Conrado Brando sea el delincuente nato, el ser prehistórico con todos los caracteres del hombre a quien no mueven sino los instintos que en él son una verdadera naturaleza. No llego a comprender que sea, él, el tipo antisocial por excelencia, incapaz, por sus necesidades y por sus apetitos, de moverse dentro de los límites estrechos marcados por las leyes y por las costumbres de las sociedades modernas.

Conrado Brando no es todo instinto, no es todo animalidad. Si, para él, no existen ni espacio ni tiempo entre el pensamiento y la acción que ese mismo pensamiento engendra, no es porque le falten los medios del cálculo mental que los hombres normales todos poseen. Si, para él, la acción es la misma cosa que el ensueño en el que aquella se revela por vez primera, no es porque no sepa esperar su día, no es porque no logre disciplinar las propias fuerzas. Conrado Brando nunca ha sido un impulsivo que obra de acuerdo con la violencia de la pasión que de él se apodera.

Tampoco acepto con Giuliano Bonacci, en *Il Giornale d'Italia*, de Roma, que sea Conrado Brando el tipo del hombre colonial que, separado, por razones extrañas, del terreno de su acción y de su elección, que arrancado del cumplimiento de lo que es su íntima necesidad y trasplantado a la Metrópoli, vive en ella como en un sueño doloroso sintiendo en todos los momentos de su existencia el olor imaginario de las caravanas y el aliento enervante de los vientos del Océano Indico.

Conrado Brando, a mi juicio, es el superhombre nietzcheano que Gabriel D'Annunzio se complace en poner en pugna con las modernas sociedades que no son sino rebaños de inferhombres. Es un enamorado de la Naturaleza: ese amor intenso le permitió conocer el propio camino, le hizo apreciar las hondas aspiraciones de su alma en la que empezó a desarrollarse la tragedia del solitario explorador cuyas fuerzas han de rendirse, como si fuesen insuficientes, ante las mezquindades de la vida que diariamente vivimos. En las formas exteriores e interiores de la Madre Naturaleza, toda serenidad, toda armonía, toda equilibrio, adivinó la propia alma de eterno inquieto, de insaciable descifrador de los enigmas que, ante las sabias aspiraciones humanas, ponen las misteriosas montañas y los ríos inconstantes de Asia, de Africa y de América.

Conrado Brando es un hombre de grande sensibilidad; su amor a la música del sordo sublime demuestra la delicadeza exquisita que posee; otra prueba de su sensibilidad la dan los escrúpulos con los que escoge sus amigos y la repulsión que experimenta por la mentira y por quienes en ella han encontrado un modo delicioso de vivir bien. El convencimiento que, enmedio de los misterios de la Naturaleza virgen, adquirió acerca de la existencia de una vida superior, más difícil de vivir, pero menos llena de condescendencias humillantes, hace comprender que no es él un hombre de espíritu ligero, un ser que obedece, antes que otra cosa, a sus instintos animales, como deja creer, en su valiosa defensa, el ya citado Vincenzo Morello. Conrado Brando sabe lo que significan muchas horas dolorosas dedicadas a la meditación honda y fecunda; ha experimentado a menudo los sanos entusiasmos que llenan el alma de optimismos capaces de imponer los propios anhelos a toda una existencia; ha sufrido el santo dolor, saturado de esperanzas que no tardan en ser realidades, que alienta todo creador de nuevos valores sociales, todo evocador de nuevas visiones de la existencia humana. Ante el espectáculo repugnante de los anhelos mediocres que son el núcleo de la vida en las sociedades constituidas, asiste al resurgimiento de la propia voluntad de poder que, en su inmenso amor a la vida, pretende imponerse la rara moral del inmoral a quien los espíritus, que aun no han sabido arrancarse del lodo en el que nacieron, despectivamente han de llamar corruptor.

De regia estirpe, con orgullo omnipotente, mira, saturado de dolorosa indignación, cuanto ser lo rodea: de la falta de aliento creador que nota en los demás hace surgir, para sí, un venero de energías que lo impulsan hacia las más nobles empresas en donde ha de encontrar gloria para la Patria y felicidad para todo el género humano.

Quien lo lleva hasta el delito por el deseo de conseguir el dinero que le va a servir para efectuar la expedición de la que ha de levantarse más poderosa la nación amada, no es una vulgar crisis de orgullo, como fingen creer mu-

chos críticos dramáticos en los diversos diarios de Italia; si él ha llegado hasta la auto-supresión de la moral, lo ha hecho porque dentro sí ha sentido el terror medúseo que experimentan quienes, ante el misterio que a ellos les corresponde revelar, se ven detenidos por una fuerza implacable cuyo origen y cuya potencia les son desconocidos.

Y ese terror les satura de ansias cada vez más inextinguibles y antes que pronunciar la frase de doloroso renunciamiento: ¿Dios mío, por qué me has abandonado?, cantan la canción heroica de quienes hacia la muerte van, sabiendo que con ella no viajan ni la desilusión, ni los engañadores espejismos que forman el encanto de esta vida.

La tragedia de Gabriel D'Annunzio no merece la condena absoluta que contra ella, en un momento de cobardía colectiva, dictó el público romano hace algunas noches.

Esta nueva obra d'annunziana no glorifica el delito, no defiende la necesidad del crimen, sino exalta la santa alegría de vivir y de crear sin miedo al dolor, sin miedo al desencanto. Es una ática tragedia saturada de aquel espíritu dionisíaco que muy pocas veces se revela en las obras dramáticas de nuestros tiempos.

En el primer episodio asistimos al diálogo, en el cual el protagonista hace una confesión a su amigo, el ingeniero hidráulico Virginio Vesta, de cuanto llena su alma ansiosa de descubrir, para gloria de la noble estirpe itálica, los orígenes del río Omo, allá en las solitarias inmensidades del Africa sitibunda. El presiente que la futura generación italiana aspira hacia un nuevo ideal y se complace en afirmar que las grandes personalidades, que los hombres representativos están por surgir de las profundidades de la raza selecta, a la que fortifica aquello que no logra hacerla morir. Aspira a hacer italiana una frase romana: Teneo te, Africa!; y en aras de ese santo anhelo, que necesita evidenciarse en obras atrevidas, no duda en ofrendar la propia angustia rebelándose contra la ridícula moral que, cual una desesperación, cierra el camino a todo esfuerzo generoso y a toda generosidad esforzada. En las frases que pronuncia en esta escena magnífica, se comprende cuál ha sido la lucha prometea que Conrado Brando ha sostenido consigo mismo para convencerse de que, ante la patriótica empresa que desea efectuar, es un obstáculo ruin la vida de un miserable usurero a quien ha de arrancarle la suma necesaria para zarpar hacia lo desconocido, hacia la gloria, hacia la victoria.

Interrumpe el diálogo la llegada de María, la deliciosa hermana de Virginio Vesta. Cuando quedan solos los dos hermanos, a quienes unió un dolor inmenso, empieza una escena de las más bellas de la tragedia, escena que algunos encontraron larga, sin comprender acaso que en ella está encerrada mucha de la esencia milagrosa que forma el argumento de la obra. Con cuánta dulzura se revela María, de qué manera delicada, femenina, hace comprender a su hermano cuál es la misteriosa potencia que la ha unido a Conrado Brando, hacia quien la ha llevado su espíritu de noble admiración por aquella grande ánima atormentada, a fin de que no consuma toda su fuerza en la inutilidad de su propia desesperación.

A aquel sublime enfermo, de una enfermedad sagrada, ella supo concederle, cual un bálsamo prodigioso, la divina ofrenda de su pureza. Del fuego de ese sacrificio cruento, ella salió purificada, como una madonna, lista para ser en todos los instantes la dulce vestal que inspira entusiasmos y que ahoga desalientos.

En donde la figura de María Vesta se sobrerrelieva mejor es en la primera escena del segundo y último episodio de la tragedia. En ella, María es más fuerte que el mundo y que el destino: su amor es más que amor, es sacrificio del propio amor. Ella ha sentido y siente siempre la ansiedad de crecer de acuerdo con el deseo de su Conrado; cada mañana sacude su vida hecha de nobleza para darle al amado algo más, algo mejor de lo que hasta entonces le ha concedido. Todo lo resiste antes de que su martirio sea confundido con el egoísmo de aquellas que, cual hiedras ahogadoras, impiden que los altos anhelos de sus amantes se conviertan en fecundas realidades. En la escena a la que me refiero, ella prepara su amor para una soledad más angustiosa, la de la ausencia sin retorno. En los propios grandes sacrificios, María sabe entonar la canción de las heroínas griegas, que en ella han resucitado con vigor extraordinario.

Y es tal su acento de pasión, que Conrado, por primera vez, sufre y goza en otra criatura, se deshace de sus tormentos y renuncia a su soledad; por primera vez el hombre de voluntad fuerte comprende que las raíces de la propia vida no se encuentran en él y que el infinito está allá, hacia donde mira su adorada María.

Quien logra dar aliento artístico a una mujer como María Vesta, es merecedor del más alto adjetivo que a los poetas pueda dárseles; en ella se revela la potencialidad del arte sublime del bardo itálico que en el teatro latino ha tratado de resucitar las triunfales aspiraciones helenas.

En la última escena de la tragedia, Conrado Brando explica a Virginio Vesta por qué llegó hasta a suprimir al viejo usurero, Paolo Sutri; trata, no de defender su delito, sino de explicarlo a la luz de la nueva moralidad que él, como todos los superhombres, se ha impuesto. Se compara con una ansiedad indómita que no ha sabido, que no ha podido esperar, con un espíritu veloz e infatigable, un ímpetu magnífico lanzado hacia una meta más valiosa que la muerte. No es una fanfarria de falso heroísmo la que escuchamos, no, es una canción sincera en honor del propio ensueño que ansía nuevas glorias para la gloriosa Italia. Y comprende que no es culpable porque, en María Vesta, el Amor lo reconoció como un forjador de grandes acciones, porque en Virginio Vesta, la amistad lo consagró cual un corazón sublime que mira solamente hacia el Futuro.

Y como ha logrado la posesión de la potente personalidad suya, pide un adiós viril: no llantos inútiles, ni imprecaciones sacrílegas, sino la dulzura con la que María se despidió momentos antes, dulzura que entonaba cánticos sagrados a la energía de aquel hombre que ama al Destino y que en dureza le iguala y que nada teme sino una muerte sin grandiosidad.

Esta escena que el público romano impaciente no quiso escuchar por entero, interrumpiéndola con protestas inspiradas por la moral rutinaria, está saturada del aliento supremo que en-

---

Aguas corrientes

Aguas corrientes,
¡plácida paz!
grato consuelo
del corazón;
aguas que danzan
en las praderas,
como los Elfos,
con raudo afán.
Locos desvíos,
sueños y penas,
tiernas endechas
¿a dónde váis?
Aguas que pasan
como las nubes,
como las auras,
como el amor...
Aguas que besan
las tiernas hojas
del verde césped
con suave unción:
llevad el eco
de vuestros cantos
a nuevas tierras,
con nuevo ardor.
Aguas que cantan
y aguas que lloran
bajo las frondas,
con emoción;
en vuestras linfas,
—claras, serenas,—
se tornan lirios
todas las penas
del corazón.

J. J. Salas Pérez

Junio, 1922

(Envío del autor).

gendra el vértigo que se ha apoderado de Conrado Brando, el hombre que no creyó en otra virtud que no fuese aquella inexorable de un corazón potente como el suyo, como el de su María, gentil creatura de verdad y de ensueño.

Io sarò colui che t'annunzia! grita el Poeta en el libro *Maia*, libro que, en su ardor patético, parece que esté dotado de alas.

Io sarò colui che t'annunzia! exclama el Bardo en este poema dramático, dirigiéndose a Italia, a la noble y generosa Patria suya señalando el Futuro grandioso en donde Ella, despojándose de vínculos odiosos, ha de lanzarse hacia el glauco y amargo mar, testimonio elocuente de sus antiguas gestas para surgir de aquellas ondas inquietas, como de un fecundo baño lustral, más fuerte, más unida, más completa.

Ante tal visión inesperada del porvenir, Melpómene, quitándose del rostro, salvaje y sacro, la máscara de la boca siempre abierta como una insaciable aspiración, sonreirá satisfecha al hijo de sus anhelos que abre los antiguos sepulcros helenos, para que de ellos se desprendan perfumes nuevos que vienen a refrescar las fuentes inagotables del eterno arte dramático.

José Fabio Garnier

Bolonia, octubre 1906.

(Envío del autor).

El viejo Oblomof

Por LUIS DE ZULUETA

El mundo da muchas vueltas... Por lo menos, la vida es, aun para el corazón más escéptico, un admirable espectáculo. Pero todas sus múltiples sorpresas y sus infinitas combinaciones están formadas con unos pocos elementos, como de unos cuantos cristalitos de colores nace toda la magia de un caleidoscopio.

¡Pintoresco episodio el de los bolcheviques rusos en el banquete de gala a bordo del «Dante Alighieri»! Esos hombres, endurecidos en la persecución, antiguos sospechosos, fichados en los registros de la Policía internacional, y peligrosos agitadores, sometidos al rancho de las cárceles, se sientan hoy a la mesa, invitados por una majestad, junto a las más altas jerarquías sociales de los viejos Estados de Europa, en el comedor de un crucero de guerra. Es una comida de honor, entre uniformes y veneras, al uso de la diplomacia tradicional. Las notas rojas del Soviet no desentonan demasiado sobre el fondo gris del Protocolo. «Sois el padre de este pueblo...», dijo Chicherin al rey Víctor Manuel, según trasmite la Agencia Radio. Y con Krassin sostuvo, por su parte, una larga plática el arzobispo de Génova en términos tan cordiales que, si hemos de creer a la citada Agencia, terminaron ambos interlocutores dedicándose recíprocamente sus respectivas fotografías.

Ya se habla, aunque lo dudamos por ahora, de un posible Concordato entre la Santa Sede y el Gobierno de los Soviets. Después de todo, el Poder acaba siempre por ser conservador. Y, de otra parte, las fuerzas conservadoras del mundo acaban también por reconciliarse con quienquiera que sea el amo del Poder. Todos los Gobiernos están hechos para entenderse. El tiempo va arreglando las cosas, y no hay nada como el ejercicio de la autoridad para hacer a los hombres flexibles y adaptables. ¡Quién había de decir que los delegados de una Revolución, acusada de la muerte del zar y toda su imperial familia, tardarían poco en departir con las Monarquías europeas, y quién había de pensar que se entenderían gentilmente con los prelados los embajadores de un régimen al que la Prensa de la derecha atribuía, no ha mucho, con grandes titulares, el asesinato de setenta obispos!

—«Monseñor...» —«Excelencia...» Nos parece estar oyendo el diálogo—«se non é vero»...—entre el arzobispo de Génova y el representante de la República sovietista. Mas ¿qué secreta simpatía podrá unir en afectuoso coloquio a esos dos personajes en apariencia tan incompatibles? Hay quien piensa, y no carecerá ciertamente de interés el desarrollo de esta opinión, que el bolchevismo es, en realidad, no tanto una variante del socialismo europeo cuanto una creación peculiar del alma rusa, un misticismo religioso oriental. Pero un misticismo religioso oriental..., eso fué, en su origen, el cristianismo. Y, en tal caso, ¿pretenderemos que un último fondo de idealismo radical juntaba en Génova al revolucionario eslavo y al sucesor de los apóstoles de Galilea?

No. De ningún modo. Ese idealismo radical, iluminado por la luz de Oriente, se ha ido moderando con prudencia acomodaticia, así antaño, en la Iglesia oficial de Roma, como hogaño, en la ortodoxia de Moscú. El primitivo idealismo palidece siempre y se esfuma a la hora difícil de las realizaciones.

Lenin lo expuso crudamente en su discurso del mes pasado ante el Congreso de metalúrgicos, estudiando las eventualidades de la actual Conferencia de Génova. [1] Ese místico ensueño, ese anhelo infinito, latido apasionado del corazón ruso..., ¡he ahí el enemigo! El enemigo es el viejo Oblomof.

«Hemos de hacernos—ha afirmado Lenin—un cerebro más dúctil, librándonos de todo el «oblomofismo». El «oblomofismo» o, como dicen en Rusia, la «oblomofchina», es la espiritualidad característica de Oblomof, un personaje de novela, que, indolente, fantástico, proyectista, se mueve eternamente en el plano del ideal y fracasa en los menesteres de la actividad práctica. «El viejo Oblomof, ese tipo tan ruso, vive todavía», clamaba Lenin ante los metalúrgicos de Moscú. Es el comunista ingenuo que ocupa los puestos directivos en las Empresas mercantiles del Gobierno sovietista, «hombre notoriamente honrado, veterano luchador en las filas comunistas, víctima de las cárceles del despotismo ..., pero que no sabe comerciar...» «El mercader le engaña, y hace bien.» «Un empleado expeditivo y concienzudo realizará mejor su trabajo que el más celoso de los comunistas...» «A Génova iremos a encontrar negociantes y a realizar negocios, siguiendo nuestra política de concesiones, aunque dentro de los límites que le hemos fijado...» «Lo que nos falta es la revisión del personal competente...» «La depuración habrá de llegar a los comunistas que se creen administradores...»

Así ha hablado Lenin, según extractamos al pie de la letra del «Novy Mir» de 17 de marzo (traducción de «L'Europe Nouvelle»). Hay que acabar con el viejo Oblomof. No es ésta la hora de los ideólogos, sino la de los hombres prácticos. El negocio es el negocio. La realidad tiene sus impurezas. Las circunstancias ahogan. París bien vale una misa, y por un Tratado de comercio puede sobradamente perdonarse un almuerzo de honor donde la flamante pechera del diplomático bolchevique se roza con las sedas purpúreas del prelado genovés, aunque, con la espuma del champán, se evaporen también los sueños candorosos del iluminado Oblomof.

¡Ah, infeliz Oblomof, soñador impenitente, contemplador eterno del futuro!... Fuiste tú aquel esclavo asiático que en alguna Comunidad

(1) Véase este discurso en los Nos. 13 y 15 del tomo en curso del Repertorio.

primitiva del cristianismo apostólico se exaltaba hablando de la absoluta fraternidad. Fuiste tú aquel proletario moscovita que divagando por los blancos bulevares vivió jornadas de éxtasis con el triunfo de la Revolución. Pero dicen que la realidad tiene sus fueros, pobre amigo, sonámbulo del ideal, y cuando manda la realidad, todos convienen, entre un ceremonioso trueque de sonrisas, de retratos y de autógrafos, en que es cabalmente la «oblomofchina» lo único que estorba sobre la corteza de este viejo planeta...

(*La Libertad*, Madrid).

Una obra pedagógica

Por FELIX LORENZO

He aquí unos libros recién editados; obritas deliciosas que, sin embargo, a uno le causan amargura. Son la vanguardia de una nueva colección que empieza a publicar Calpe bajo el común denominador de «Libros de la Naturaleza». Se llaman: «Los animales familiares», «El mundo alado», «Los animales salvajes», «El mundo de los minerales», «La vida de la tierra» y «El mundo de los insectos». La palabra *mundo*, tan sonora y profunda, se repite en ellos, como veis, con una insistencia llena de sugestión, como una reiterada promesa de universalidad, de amplitud de ideas, de enseñanza desinteresada. Son cuadernos de un centenar de páginas—a ínfimo precio—salpicados de fotografías y dibujos y envueltos en unas cubiertas que Bagaría, metido ahora, con sumo éxito, a naturalista divulgador, ha cuajado de policromías encantadoras. Los han escrito, aniñándose, unos señores sabios para quienes el infinito hervidero de la vida terrestre no tiene secretos casi; los ha pintado un artista de alma infantil, inspirado por la dicha de, una vez siquiera, no verse obligado a pintar para los hombres. Son una imagen de la Ciencia, que se ha vestido con ropa ligera de bellos colores y viene a decirnos, sonriente y acogedora: «Dejad que los niños se acerquen a mí».

¿Y por qué he dicho que estos tomitos tan lindos y atrayentes le dan a uno amargura? ¿Por qué, siendo tan gustosos y amables, nos producen un poco de rejeleo, como si regustásemos un dolor desvanecido? Para encontrar la razón de este contrasentido hay que volver los ojos muy atrás y ponerse el dedo en ciertas cicatrices espirituales que duelen todavía.

Al *Buscón*, por la sola virtud de ser taimado, le otorgó su maestro el privilegio de palmetear a sus condiscípulos; este era el sistema pedagógico de los tiempos de Quevedo. Siglos más tarde, hubo un estudiante de latín, que era yo: me lo enseñaba un sacerdote dándome bastonazos en el cráneo y tirones de las orejas; éste era el sistema pedagógico de finales del siglo XIX; se distinguía del de los tiempos de Quevedo en que los maestros ya no pegaban por delegación. El *Buscón* salió de su escuela de Segovia sin saber bien escribir; yo salí de la mía con la cabeza más dura y los orejas más largas y pensando que el saber era una dura penitencia impuesta por Dios a los niños revoltosos.

¿Cuántos españoles de mi edad conservarán recuerdos más gratos de su primera enseñanza, ni aun de sus estudios de primera juventud? ¿Cuántos, al acercarse a la edad madura, no sienten la fatiga y la desolación del que ha pasado en caminar por un desierto los mejores años de su vida? ¿Y qué les queda ya sino seguir como ciegos y sordos por un mundo lleno de maravillas que ellos ya no pueden admirar ni comprender?

Los pedagogos modernos, como el cultísimo profesor don Lorenzo Luzuriaga, que dirige la publicación de estos «Libros de la Naturaleza», quieren evitar a los hombres de mañana este acerbo dolor y esta vergüenza que sentimos los niños de ayer; quieren despertar en ellos desde ahora la idea de que el saber es dulce y noble y de que la dicha de vivir no existe para el hombre que no puede entender el mudo lenguaje de las cosas que le rodean.

Tal es la misión que estos tomitos tan pulcros, tan alegres, tan sencillos, van a cumplir suavemente, afablemente, como una voz amiga que, en tono menor, va suscitando nuestra curiosidad por el placer de satisfacerla. Más que de enseñar a los niños, se trata de sugerirles el deseo de aprender; más que de imponerles ideas hechas, de infundirles el hábito de buscar la verdad por cuenta propia. Es como entreabrir ante sus ojos asombrados las puertas de un mundo más rico en magias y misterios que cuanto puede inventar la fantasía humana, y decirles: «Podéis pasar: eso tan bello lo ha hecho Dios para que lo veáis de cerca; es el palacio encantado donde vais a pasar la vida».

(*El Sol*, Madrid).

CARLOS A. CASTELLANOS

San José, marzo de 1922

A don Joaquín García Monge

P.

Quisiera poder enviarle con el San Francisco, una noticia crítica que dejara en el ánimo de quienes la leyesen, una idea justa de la obra de Carlos Alberto Castellanos—el pintor uruguayo que se ha impuesto en un medio artístico como el de París y a quien se le ha comprado un panneau decorativo para el Museo de Luxembourg. Me habría gustado que reprodujera en su «Repertorio» una página de José Francés, si mal no recuerdo, que sobre Castellanos se publicó hace unos cuantos años en «La Esfera,» con motivo de una exposición que celebrara en Madrid, pero no pude encontrarla.

¿De la emoción personal que sentí cuando visité su taller, qué le diré? Fué una de esas emociones de arte que perduran, que tal vez, para goce del pensamiento, no se borran nunca.

Tiene cuadros de motivos paraguayos como aquel de «Vendedoras de loras», lienzos de Mallorca, la isla maravillosa del Mediterráneo, en la cual el sol parece deleitarse, y en unos y en otros la mirada tiene una fiesta de belleza fuerte. Recuerdo también una exquisita portada para «Las Flores del Mal», que habría hecho sonreír, llenos de complacencia, los labios irónicos y crueles de Baudelaire.

Y en su estudio, rodeada de sus cuadros, la alta figura del artista, tan alta y tan sólida, que siempre me hizo pensar en una de aquellas nobles torres medioevales, en la que sus ojos son como dos niños asomados a elevadas ventanas, que otean con amor la vida. Sí, sus ojos infantiles que piden sin saberlo que se ponga confianza y ternura en el respeto y la admiración despertados en el alma por su obra y su figura.

¿En cuanto al San Francisco del aguafuerte que Ud. reproduce, no lo hace pensar en los ingenuos y grandes pintores primitivos?

Lo saluda

Carmen Lira

LIBROS Y REVISTAS

Recibidos:

De los autores:

JULES SUPERVIELLE. — *Debarcadères.* La pampa. Une paillote au Paraguay. Distances. Flotteurs d'alorme. —París 1922. Editions de «La Revue de l'Amerique Latine».

ENRIQUE GAY CALBÓ.—*La intromisión norteamericana en Centro América.* La Habana, 1922.

Comenzaremos a reproducir este oportuno e interesante trabajo.

Memento:

España.—Madrid, 27 de mayo 1922. *Higiene de la voluntad infantil,* por M. Díaz Estévanez. *Shakespeare expurgado,* por E. Díez Canedo.

El Gráfico.—Bogotá, junio 10, 1922. *Por nuestra Universidad,* por R. Lleras Codazzi.

Cromos.—Bogotá, junio 10 de 1922. *La Leyenda en la Historia,* por Cornelio Hispano. *Los grandes de América,* por L. E. Osorio.—Número de junio 17 de 1922. *Algunos representativos de la intelectualidad colombiana en el Perú,* por Gonzalo Herrera.

Revue de l' Amerique Latine.—París, junio 1922. *John-Antonie est un ange des tropiques,* por J. Royere. *Bolivar et la Democratie* (VI), por Marius André. *Sur Jules Laforgue.* Idees et souvenir, por Jean Pérés.

Revista Chilena.—Santiago de Chile, mayo de 1922. *Gustavo Flaubert,* por Emilio Vaisse. *El General Melgarejo* juzgado por un historiador chileno, por Ricardo Sánchez Ramírez.

Nuestra América. — Buenos Aires, abril de 1922. *La fuerza del ideal,* por Manuel Ugarte. *Con motivo de un libro sobre los indios Lenguas y su idioma,* por V. Díaz Pérez.

RECOGIMIENTO

Libro de R. SOTELA

(Edición del Sr. García Monge, 1922).

DULCIFICAN mi visión de la vida las páginas del Sr. Sotela. Sobre el prosaicismo reinante se agita un llamamiento que enciende en nuestros corazones el anhelo de percibir las cosas verdaderas con un sexto sentido, siendo así que «lo real es lo espiritual o lo que se piensa».

Yo, que acostumbro hacer rayitas al margen de los libros cuando encuentro conceptos que me interesan más, casi no he dejado página de «Recogimiento» sin que haya pasado por su margen la punta indicadora de mi lápiz.

«Hombre», la primera parte, es sumamente importante, especialmente para las juventudes actuales, que faltas de un llamamiento y ánimo para «poner los pies en el sendero», reciben hoy la invitación para «acostumbrar el pensamiento a la meditación,... el puente dorado que conduce al Extasis...» Y todo es un fluir de altos consejos y de ejemplos dignos de nuestra admiración. Dice: «No hallarás belleza pura jamás en ninguna cosa si antes tu espíritu no tiene una porción de belleza». Si todos *meditaran* en esto, tal vez desaparecerían los lamentos humanos como ahuyentados por la espada de fuego de un arcángel. Más adelante vemos: «El poeta es el hombre completo.» «El poeta ve el Universo como si fuera transparente.» Sin embargo, los poetas son desdeñados, pero, desdeñados por los ciegos que ahora pululan en el mundo. No obstante, el poeta está siempre tranquilo: el sol no teme que lo apaguen con una gota de agua.

«Patria», segunda parte, tiene un interés inmediato para todos los maestros, pues hay muchas indicaciones aprovechables sobre la enseñanza de la lengua, que es la base de toda educación. Entre otras cosas, pide al maestro que corra y se regocije con sus alumnos. Queda en mí esta pregunta: ¿Cuántos maestros tendrán en sus manos el presente librito?

«Arte» ha cautivado especialmente mi atención. En su lectura se tiene presente la cita que el autor hace de Maeterlinck: «Hagamos de nuestra vida una obra de arte». Las citas de Taine son oportunas y admirables, como al tratar el arte—nuestro maestro—, enseñándonos sin dejar ver la aridez en sus definiciones. Y el autor piensa que «de un canario tal vez, veremos salir un reguero de arpegios de colores como si tuviera una estrella en la garganta!»

«Alma», última parte, cómo lo anterior, es un conjunto de conceptos filosóficos los cuales deben subrayarse; para ejemplo, éstos: «A Dios, que es amor, se va por el dolor», «Mata el Dolor con el Dolor», y así siguen los balsamos, propicios para los corazones heridos por un profundo desaliento!

«Recogimiento» es luz! ¡Vedlo!

M. T. SALAZAR

Barba.—1º—7—1922.

(*Envío del autor*).

¡Nos vemos!

I

¡Adiós te digo con tu gesto triste, indio me-
[xicano!
¡Adiós te digo, mano en la mano!

II

¡Indio mexicano que la Encomienda tornó
[mendigo!
¡Indio mexicano!
¡Rebélate y quema las trojes del trigo!
¡Rebélate, hermano!

III

Rompe la cadena. Quebranta la peña. Y la
[adusta greña sacuda el bronce de tu sien.
Como a Prometeo te vió el visionario, a las
[siete luces del Tenebrario, bajo las ar.
[cadas de una nueva Jerusalem.

IV

Indio mexicano,
mano en la mano
mi fe te digo:
lo primero
es colgar al Encomendero
y después segar el trigo.
Indio mexicano,
mano en la mano,
Dios por testigo.

VALLE-INCLÁN

(*El Mundo.*—México D. F.)

Madrid, mayo de 1922

Personalidad literaria de Ventura García Calderón

Libro de NAPOLEÓN PACHECO

(Edición del Sr. García Monge, 1922).

I

LA aparición de este libro confirma una vez más que en Napoleón Pacheco tendrá la América uno de sus críticos más eminentes y uno de sus escritores más refinados, por la brevedad y armonía de su prosa, y la manera profunda de distinguir la sutileza de los matices y el timbre de los cristales labrados. Es un reflexivo y un exquisito que se complace en la contemplación del detalle frívolo y la línea ondulante; en la apreciación de las cosas vagas y vaporosas, que emborronan como neblinas los paisajes de invierno. Un americano del trópico por el afán de fortaleza y un parisiense por la morbosidad del gesto y la indescriptible gracia de la sonrisa. Un amanerado y un espontáneo, una planta kaleidoscópica de invernadero y un brote poderoso del Ande... Pero, ante todo, un crítico que tiene el sentido de las proporciones y el don de las perspectivas indefinidas, tal cual lo exigiera el magistral prosador uruguayo. En suma: un excelente espíritu.

II

EL sentido preciso del tacto, porque sabe escoger los motivos de su inquietud crítica. Ahí está la personalidad de García Calderón, que es uno de los

escritores más definidos de su lengua. Pedro Henríquez Ureña contábame en amable conversación cómo en Madrid se hablaba entre Alfonso Reyes, José María Chacón y Calvo y él, de quiénes eran los dos escritores más altos de Hispano-America: el más distinguido entre los viejos y el más distinguido entre los inmediatamente anteriores. Y se quedó, de común acuerdo, en escoger los nombres de Enrique José Varona y Ventura García Calderón. El mismo Pacheco escribe en su obra «...justifica el sentido de las palabras con que me declaraba su admiración por Ventura García Calderón mi amigo Gonzalo Zaldumbide, al decir que es la personalidad más eminente, en la literatura de América, de los hombres de su edad.»

A la flexibilidad del ala es imprescindible la melodiosa firmeza del arranque.

III

CONFIRMACIÓN de algunas de las afirmaciones anteriores sean estas frases pulidas y ligeras, como el ala del colibrí que se agita sobre la corola de seda de un lirio: «y siempre buscará la extensión del mar, la simbología de las cosas marinas porque allí en esas barcas que llevan lo mejor del espíritu, está la movilidad; al incesante agitarse de una onda que borra otra onda, un rumbo indefinido en un horizonte indefinido.» La precisión en la movilidad del agua y del viento.

Y este otro grano de ópalo tallado, turbio y resplandeciente como la paradoja de una gama exótica; con su significado y su gracia sinuosa: «...cada palabra pide la siguiente en un encadenamiento espontáneo: es como el sentimiento luminoso de un rayo de sol apagado en la sombra de la capilla, tras de quebrarse en el vitral gótico.»

IV

Es un crítico de proporciones, de perspectivas y de orden; y un hábil manejador de los refinamientos y caprichos del estilo, flexible y armonioso como la onda sonora... No se trata del escritor escultórico y frío, cuyas obras proporcionadas en riguroso orden dentro de un escorzo fantástico, simulan groseras flexibilidades. Tiene más de la ola, del murmullo o de la nube, que del mármol cincelado en canteras clásicas. No se sabe si es más moderna su manera artística, que científico su procedimiento para analizar y sintetizar ideas cardinales del tipo que se propone mostrar en pintoresca cinta cinematográfica, bajo el influjo de una cultura esmerada y elegante, llena de prudencia y de retenido donaire. Desgarbado lo es como lo saben ser los modernistas intrépidos que andan a caza de líneas esenciales, desdeñosos de pueriles miramientos gramaticales, preciosistas y retóricos. Rico su léxico y elástico como los peces tornasolados y dorados y plateados que se transparentan como estuches preciosos en los estanques ducales, en las horas del atardecer, cuando las diminutas ninfas palaciegas se embarcan en los pétalos de las rosas. Suave y dulce, sus palabras son rebaños de almas que susurran canciones de todo género de melodías. Este léxico es un bandolín romántico que tremola, con cuerdas de espíritu, el cantar del futuro varón excelso que rompe el cascarón de su crisálida dentro de un capullo de seda finísimo...

V

VEAMOS la síntesis del orden realizado en este libro de victoriosa juventud:

«Vano candor sería exigir obra más alta a un artista que tragina, con la seguridad interior de una profesión en la cual se es maestro, en el cuento psicológico, en la crónica ondulante y matizada, en la crítica seria, alejada de todo rumor irreflexivo y tendiendo hacia las cosas bellas y profundas».

Después se anuncia el despertar cercano del género novelesco cultivado por el autor y presentido en el tendencioso desarrollo de sus cuentos de rica estructura.

El cronista le merece a Pacheco los más bellos elogios, como el cuentista y el crítico. Y apenas deja adivinar el reparo, ineludible en toda obra humana, sin ponerlo en olvido a través del fastuoso matiz literario de algunas páginas de oro y de bronce.

VI

FINALMENTE: García Calderón debe estar satisfecho de este primoroso estudio, que supone una vasta asimilación de temprana cultura y un talento de selección en América.

M. VINCENZI

(*Envío del autor*).

PERSONAL E INDISCRETO

Se diría que este artículo ha sido escrito por individuo de naturaleza egoísta porque trata de una cuestión personal; pero no soy el culpable porque no he hecho más que obedecer las órdenes del editor del «American Magazine».

Como puede verse, no he hecho más que complacer a dicho editor y escribir algo referente a mi vida.

Tengo sesenta y un años, he logrado vencer los instintos egoístas y me he convertido en un trabajador que se siente orgulloso de estar al servicio de los demás. Un editor, Bruce Barton, me pidió una vez que escribiese algo con respecto al hombre más feliz de los que yo conocía. Le dije entonces que la modestia me obligaba a guardar el secreto, y cuando insistió en que le diera explicaciones, sencillamente le contesté que yo era el más feliz de cuantos conocía. ¿Por qué? Porque trabajo en las cosas que amo y esa ha sido la aspiración de mi vida y porque vivo de mi trabajo.

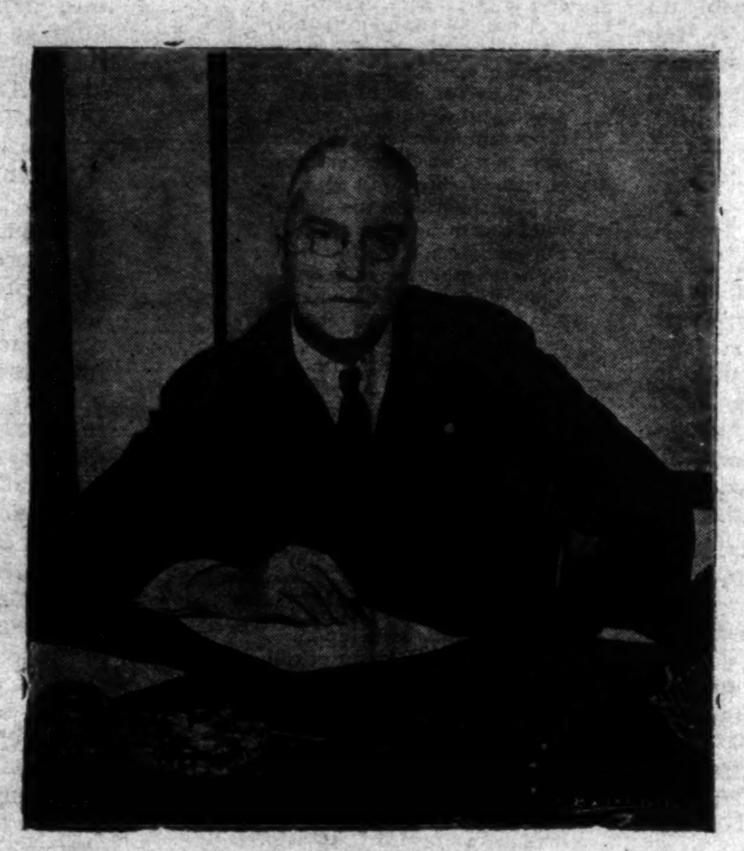
Nací en Urbana, Illinois, y mi padre era un ministro metodista. Era un hombre lleno de ingenio y buen humor, a quien le gustaba fumar y contar cuentos, lo mismo que oirlos contar. Alto, delgado y distinguido, jugaba al dominó de tarde en tarde. Todo el mundo lo amaba y era lo que podría llamarse un amigo de todos. Yo no lo soy, y sin embargo me gusta relacionarme con todos; pero tengo el cuidado de no solicitar favores de nadie, porque como dice Ed. Howe, los amigos son como las flores en el parque. Es bueno pasar junto a ellas y admirarlas, pero sin cogerlas. No tengo nada contra ninguno de mis semejantes y me gustan todos, pero tengo miedo de acercármeles demasiado. Heredé de mi madre una sensibilidad mórbida y encuentro que se me puede herir fácilmente.

De ahí que me guste más vivir alejado, no porque me disguste la gente, sino porque me gusta tanto que quiero agradar a todos.

Sin duda alguna soy sociable, y me gusta estar acompañado, pero no cultivo mucho la intimidad con nadie.

Los que leen mis artículos me conocen mucho mejor que los que me conocen personalmente, porque yo lo mismo que otros escritores, soy más comunicativo con el público que con los amigos. Mi público me entiende y ve mi alma al través de mis palabras y sabe quién soy yo, y eso es bastante.

Mi padre fué capellán en el regimiento de Grant durante los primeros años de la Guerra Civil y por eso, cuando Grant fué presidente, ocupó el puesto de director de correos en Springfield, Illinois, lugar de nuestra residencia. La única razón que existía para que se hiciera este nombramiento



Dr. Frank Crane

era el cariño que Grant le tenía, pero a pesar de eso, mi padre desempeñó el puesto admirablemente. Me tocó trabajar con él al principio, como ayudante en la oficina, y después como cartero.

Antes de haber ocupado ese puesto había sido estudiante y asistí a la escuela desde la edad de 6 años. Era un chico enredista, orgulloso, retraído y muy amigo de estudiar.

Amaba tanto los libros como las muchachas y era tan romántico y tan trágico como ningún otro muchacho a la edad de 16 años, pero afortunadamente en nada me perjudicaron mis amores y mi romanticismo. Fuí siempre amable y la dureza me infundía temor y me era repulsiva.

Sentía el deseo de dedicar mi vida a tantas y tan diferentes cosas, que no sabía qué camino tomar.

Estudié griego de una manera apasionada y me enamoré de mi maestra de tal modo, que tenía la seguridad de llegar a dominar el idioma y a ser un distinguido profesor para casarme con ella. Yo tenía solamente 16 años y ella había cumplido los 40.

Después resolví estudiar botánica y me dió por cultivar flores de todas clases. En tres pequeñas ciudades podían verse las eras cultivadas por mi mano: en Aslhand, Island Grove y Rantoul.

Allí podían verse las gladiolas, los tulipanes, las rosas y todas las flores conocidas y el nombre técnico de todas ellas me era perfectamente conocido.

Después se me ocurrió estudiar entomología y obtuve admirables colecciones de abejones y de mariposas de las cuales sentía que no podía deshacerme. Las tenía en mí mismo cuarto y no pude separarme de ellas durante mucho tiempo; pero de pronto nació en mí, el más vehemente deseo de estudiar derecho y me dediqué a eso durante un año.

Después de dos o tres visitas a la corte comprendí que era imposible dedicar mi vida a semejante carrera. Como ciencia me atraía, pero me pareció ser una carrera que implica una inmoralidad intrínseca.

Por varios años tuve la más completa seguridad de que mi profesión había de ser la música. No teníamos piano en casa sino un instrumento que algún tiempo había sido piano y mi música resultó una cosa tan terrible para la familia que tuve que llevarme el instrumento al patio de la casa.

Cuando recibí la primera lección no me gustó para nada y la maestra me gustó menos, porque quería obligarme a simples ejercicios de los dedos y yo quería tocar música desde el principio.

Aprendí a tocar música de Mozart y podía ejecutar más o menos bien algunas piezas en el órgano y lucirme siempre que se presentaba la oportunidad, aunque sin duda alguna la gente se divertía a costa mía.

Compré las sonatas de Beethoven, los nocturnos de Chopin y algunas composiciones de Schubert y después de trabajar constantemente llegué a ejecutarlas sin mayor dificultad.

Algún tiempo después, siendo pastor en Rantoul di clases de música a veinte estudiantes. No estaba dotado

de talento musical, ni tuve quien supiera guiarme y cuando me pasó el entusiasmo dejé por completo el estudio de la música. Después de haberme graduado en la escuela superior fuí maestro en una escuelita de campo situada a 7 millas de Shelbyville. En esa época me tocó en suerte vivir en la casa de un campesino tan fanático, que no me permitía tocar la flauta el domingo.

Entonces solía levantarme al rayar el alba y caminar tres millas para llegar a encender el fuego en la escuelita y a enseñar después.

Principié a escribir versos y la fiebre me duró muchos años. Escribí un poema épico de la vida de Illinois, tan malo como pueden Uds. suponerlo y muchos otros versos por los cuales no hubo nunca una persona que se interesara excepto el autor.

Más tarde fuí maestro de escuela en un distrito cerca de Jacksonville y a la edad de 21 años opté por la carrera religiosa.

Ahora, cuando pienso en eso, siento que tal acto no fué más que el resultado del ambiente en que vivía. Era aún muy joven y no había podido libertarme de la influencia de mis padres y de su manera de sentir. Mi padre era ministro metodista y la carrera me parecía halagüeña para ser una de esas en que puede ponerse de manifiesto la individualidad.

* *

La primera vez que fuí a predicar tuve que hacerlo en un cuartillo situado en un segundo piso de una ferretería, en un lugarcito donde se juntan varias líneas de ferrocarril llamado Chapín. Mi sueldo ascendía a $ 75 al año y creo que me pagaban más de lo que merecía por mi trabajo.

El segundo cargo que desempeñé fué en Roadhouse, una ciudad más extensa que la anterior, donde tuve la fortuna de cultivar amistad con la familia del Dr. Short, presidente del Colegio de Señoritas de Jacksonville.

Afortunadamente la atmósfera de aquel lugar era casi ideal y allí tuve el placer de conocer a una muchacha que respondía a una de las creaciones femeninas de mi fantasía y con quien he sentido la suerte de compartir los goces y los sufrimientos de la vida durante 37 años. De nuestros 4 hijos, dos nos han quedado solamente.

Los tres años más felices de mi vida de pastor fueron los que pasé predicando el evangelio en Omaha, en Nebraska. De allí me trasladé a la Iglesia de la Trinidad en Chicago y ésta fué la primera vez que ocupé un puesto en una gran ciudad. Entonces me pareció que iba a realizar grandes cosas; pero descubrí que era imposible encerrarme en un marco de hierro y pertenecer a una determinada denominación. Sentí que eso era nadar contra corriente y auque creía, como creo ahora, en las verdades fundamentales de la iglesia, hay muchas cosas que no son fundamentales y que se distienden por medio de la prédica en el púlpito. Comprendí que había errado mi vocación aun cuando era un buen pastor, en el sentido en que la palabra se aplica al pastor, y a despecho de tener el poder de dominar las multitudes y de interesarlas seriamente en la religión, no me creí nunca capacitado para hacer la labor más íntima.

Después de trabajar en la iglesia de la Trinidad en Chicago tuve que trasladarme a la de La Unión, en Worcester, Massachusetts. Allí trabajé siete años y al cabo de ellos decidí dejar el púlpito para siempre. Durante treinta años serví como ministro de Cristo y fuí un pastor tan bueno como cualquier otro. Amo y respeto la Iglesia de Cristo, lo mismo que a los feligreses, y a mi juicio un verdadero cristiano representa un tipo ideal y tiene un criterio amplio y una verdadera idea de lo que son la sinceridad y la justicia; pero no creo haber nacido para plegarme a las normas de una institución. Nací para poner mi vida, por completo, al servicio de las Ideas y me intereso por los individuos individualmente y no por las masas. Las instituciones tienen algo de máquina. Me gustan más los individuos que la comunidad, que la iglesia, que la escuela o la nación en que vivan. Creo que soy un hereje por naturaleza; sin embargo, soy un hereje que cree en las enseñanzas del divino Jesús. No quiero ser el curita de un pueblo. Eso es demasiado estrecho. Estoy de acuerdo con Wesley y quiero que el mundo entero sea mi feligresía. No sentí jamás el deseo de predicar con el objeto de convertir a nadie. ¿Por qué he de empeñarme en convertir a otros que probablemente son tan buenos como yo? Mi deseo ha sido siempre predicar en el espíritu en que el poeta escribe sus versos, sin afán de hacer propaganda; lo que he deseado toda mi vida es expresar mis ideas por el placer de desenvolver mi personalidad. Había vislumbrado la verdad. Tenía una vaga idea del profundo significado de las leyes de la vida y mi deseo era revelar a los demás aquello que conocía.

* *

Después de la afanosa búsqueda de la verdad a través de los distintos campos de la actividad humana, resolví dejar el púlpito y entrar de lleno en el periodismo.

En primer lugar quería hablarle al mundo entero; y el único lugar en donde se encuentra la oportunidad de hacerlo es la prensa. En ella se encuentra lo mismo el esclavo que el hombre libre, el judío que el griego o el bárbaro. Solamente allí se encuentran al profesor, al millonario, al sir-

En los Estados Unidos

Oh, terror de las grandes ciudades
erizadas como puerco-espines
de crímenes y de maldades.
Tragedia de fierros y ollines,
de color-men y de judíos,
de restaurantes y de Cines.
Los siete millones de impíos
ladrando, riendo y masticando.
Oh, los terrores y los fríos.
El millonario fornicando
con el estómago repleto;
y el pordiosero mendigando
Te hablo, mi Señor Jesucristo,
desde el ombligo de la urbe,
porque yo sé que tú no has visto
espectáculo que te turbe
ni en Roma ni en Jerusalén,
ni cosa alguna que perturbe
el ritmo firme de tu sien,
ni la corriente de tus venas
ni el sacrificio ni el amén.
Porque las calles están llenas
de fieros tigres carniceros.
Y de reptiles y de Hienas.
Los hogares son agujeros
de lagartijas cadavéricas,
engalanados de letreros.
Ojo de lince, panza esférica
dicen en unánime afán,
somos exponentes de América.
Pues tenemos el bussiness-man,
y todos los vicios domados;
y el búfalo y el caimán
y tenemos acorazados
por defender nuestra región;
catedráticos y prelados.
Llevamos nuestra religión
desde la América Latina
hasta la China y el Japón.
Con el martillo y con el riel
haremos que Estados Unidos
sean the greatest in the world.
¿Y la misericordia divina
que tú nos enseñaste, Cristo?
Y la penitencia y la espina?
Creeremos en el hombre listo
cuando en la hora de la muerte
invoque a nuestro Jesucristo.
Porque el ser hombre y el ser fuerte
no es el criar al Chipancé,
ni el derrotar aquí a la suerte.
Ni fué tampoco Salomé
excelsitud de mujer buena,
ni Margarita ni Friné;
pues en la hora de la verbena
celeste enjugará tus pies
la milagrosa Magdalena.
Preguntémonos y después,
¿la noche negra o la gran luz?
¿O lo que dice el yclesiastés?
Cargue todo hombre con su cruz.
Oh, vanidad de vanidades.
Lo hemos sabido así, Jesús.
Por eso aquí en estas ciudades
erizadas como puerco-espines
de tentaciones y maldades,
mi vida tiembla en temblor vasto
como bajo la pata del buey
de pavor tiembla todo el pasto.
Desde el pordiosero al rey
acatamos, Señor, tu ley,
y nos unimos a la grey.
Y haciendo una gran mueca de asco
me voy con el romero vasco
por mi camino de Damasco.

ARTURO TORRES RIOSECO

(Envío del autor. University of Minnesota).

viente, a la esposa del banquero, al bolchevique y al socialista; la prensa es el espejo del mundo y el lugar donde se confunden las clases sociales. Allí se acaban los partidos y los exclusivismos. Leyendo el periódico se piensa en la humanidad; y la humanidad con todos sus defectos y todas sus grandezas es lo que más amo.

He realizado mis sueños y hoy día escribo en cincuenta periódicos de los Estados Unidos y del Canadá y cuento con el auditorio más vasto y más variado. Casi quince millones de almas me conocen y se mantienen en comunicación conmigo: no porque un obispo me haya nombrado para desempeñar un puestecito, o porque una institución me respalde, o porque alguien me haya subvencionado, sino porque la gente desea leer lo que yo escribo. Y los periodistas que lo saben me pagan por mis escritos.

Por este motivo tengo la más profunda gratitud para con Dios, y si no me vanaglorío de mi suerte, sí me regocijo de ser independiente. A la edad de cuarenta y ocho años abandoné el púlpito y como no tenía dinero pedí prestados mil seiscientos dólares y regresé a Chicago. Fué allí donde comencé a publicar algunos de mis artículos, ganando lo suficiente para pagar mis gastos y después de dar conferencias durante seis meses, Leigh Reilly, entonces editor de «Evening Post», me dió la oportunidad de escribir en su periódico. Allí escribía un artículo que apenas ocupaba unas cuatro pulgadas en una de las columnas y que aparecía con el título de «Rincón Filosófico». Por él me pagaron un dólar diario durante seis meses, al cabo de los cuales no me admitieron más artículos.

Edward Bok, del «Ladies Home Journal» había visto los artículos del «Evening Post» y después de leerlos cuidadosamente, solicitó mi cooperación. Entonces escribí veinte artículos y algún tiempo después, una página completa de su periódico.

Quizá interese a los escritores jóvenes saber como logré escribir en «The Chicago Tribune». Me dirigí a James Keeley, que era el editor, y le dije que consideraba inútil dedicar una columna entera a las cuestiones de religión, y que tenía un sustituto de primer orden. Keeley no me contestó jamás; pero algún tiempo después recibí una carta de Burns Mantle, entonces editor de «The Tribune».

* *

Más o menos en la misma época Wilbur Nesbit, un buen escritor entonces, me envió donde George Matthew Adams, que ocupaba un sindicato.

Por medio de Adams llegué a ser un escritor y a ganar un buen sueldo, y cuando Adams se retiró, continué mi trabajo por cuenta propia.

Después de vivir casi 9 años en Nueva York, me dí cuenta de que mis servicios como síndico tenían un valor práctico en el mundo comercial. Solicitábanlos las casas de comercio, los banqueros y todas las sociedades comerciales. Tuve entonces la oportunidad de escribir una gran cantidad de avisos, prólogos que me encargaban los empresarios de teatros, y editoriales para los periódicos.

Decidí predicar el evangelio en toda forma y traté de hacer perfecta cada una de las cosas que me encargaban.

Traté de difundir la moral en el campo de la literatura, de los negocios y de la política. Defendí los derechos de la justicia en todos los campos de la actividad humana, en la forma en que antes lo había hecho únicamente en el campo de la religión.

Con sorpresa descubrí que las multitudes callejeras tan ávidas están de las grandes verdades de la vida como las sectas que se reunen en las iglesias. Lo único que se necesita es hablarle a las multitudes tomando en cuenta sus intereses y su criterio. Después de todo, la naturaleza humana es donde quiera la misma y la oportunidad de hacer el bien se presenta en todas partes.

Hace pocos días un caballero me pidió que escribiera algunas tarjetas postales de las que se regalan para la Nochebuena. Este es un acto insignificante y sin embargo, ¿no se presenta aquí la oportunidad de escribir un mensaje de paz y de amor?

* *

Una vez me senté al lado de Augustus Thomas en un banquete y en el curso de la conversación me dijo que gustaba de mis escritos. Yo no me considero un predicador, pero a pesar de ello lo soy y jamás dejaré de serlo; pero mi suprema aspiración es predicar al mundo entero y establecer entre todos un intercambio de ideas. No estoy de acuerdo con el sectarismo, porque quiero hacerle el bien a todos, y me interesa además no llegar a ser nunca una carga social para la humanidad. Amo sobre todo la independencia y por eso no quiero ni escribir en magazines, porque muchos de ellos adolecen de los males que adolece la iglesia.

Solamente la labor de la prensa es suficientemente amplia para un espíritu como el mío. Por medio de la prensa se puede hablar con todos sin distinción de edad, raza o nacionalidad.

No he renegado de mi religión ni la miro con desdén; pero me regocijo de haber levantado mi púlpito en la iglesia universal, desde donde puedo hablarle a la humanidad y sentirla como totalidad.

(Arreglo y envío de Corina Rodríguez).

La vejez y la muerte de la Tierra

Por A. BERGET [1]

Hemos estudiado la «vida de la Tierra»; la hemos visto nacer, crecer, palpitar, respirar; hemos aprendido sus convulsiones, la circulación incesante que se verifica a su alrededor, las corrientes eléctricas que recorren su masa; y, en último lugar, hemos visto en qué condiciones ella se ve obligada a aceptar la «lucha por la vida», a defenderse contra los agentes de destrucción que lleva en sí, como un ser vivo debe defenderse sin cesar de los gérmenes de enfermedad que encierra en su propio organismo.

Pero un ser sano, aun cuando haya resistido victoriosamente a los esfuerzos de las influencias mórbidas, concluye siempre por llegar al estado de senectud: «envejece». Con la vejez sobreviene la disminución de fuerzas, la circulación disminuye y llega la muerte, inseparable del frío que sucede al calor de la vida.

¿Será la Tierra una excepción a esta ley? ¿O, al contrario, «envejecerá» como envejece todo ser viviente antes de morir a su turno? Es lo que vamos a estudiar en estas últimas páginas.

¿Cuál será ante todo, el grado de permanencia del estado en que se encuentra actualmente el globo terrestre?

El conflicto entre la tierra firme y los agentes exteriores, éstos tratando de degradarla, aquélla luchando por defenderse, durará aún largo tiempo. Durante siglos y siglos recomenzará el ataque de las aguas contra los elementos sólidos renovados por el juego de las fuerzas interiores que traen a la superficie del suelo nuevas masas minerales o modifican por medio de los seismos, la posición relativa de las masas preexistentes.

La atmósfera entre tanto se enriquecerá, por lo menos durante cierto

(1) Cap. XII de la obra *La vie et la mort de la Terre.* París, 1919.

período, en ácido carbónico: los volcanes por una parte, cuya actividad parece renovarse actualmente y cuyas manifestaciones se harán más numerosas a medida que los plegamientos del suelo inicien nuevas hendiduras, lanzan anhidrido carbónico; de otra parte, los inmensos progresos de la industria que utilizan hasta agotarlos los combustibles ocultos en el seno de la tierra, aumentan cada día la cantidad de anhidrido carbónico contenido en la atmósfera.

Durante un intervalo, tal vez muy largo, esta cantidad aumentará cada vez más. Por consiguiente, la influencia bienhechora que ejerce el anhidrido carbónico desde el punto de vista de la conservación del calor, se aumentará. Para formarse una idea de esta protección contra el enfriamiento, basta considerar que, si el ácido carbónico contenido en la atmósfera, de que no constituye sino la 1/3.000 ava. parte, desapareciera, la temperatura del suelo disminuirá 20° y esta disminución aumentaría de manera exagerada las desigualdades climatéricas de las diversas regiones terrestres. Por el contrario, si la cantidad de anhidrido carbónico aumentara, si, por ejemplo, su volumen doblara, ganaríamos 4° de temperatura y 8° si cuadruplicara. Y no sólo aumentaría la temperatura media sino que también habría igualación concomitante de los climas.

El estudio del pasado de la Tierra nos ha demostrado que tales variaciones se han producido otras veces y han tenido, sobre los fenómenos de la vida vegetal y animal, una influencia cuya importancia nos es revelada por la geología. Si el anhidrido carbónico aumenta, lo que está demostrado por la absorción continua que de él hace el agua de los océanos, sobre los cuales la dosis de este gas en la atmósfera marítima es de 1/10 inferior a la contenida en la terrestre, estas condiciones de mejoramiento climatérico se realizarán y los siglos inmediatamente venideros serán épocas temperadas que no deberán temer los espantosos períodos glaciales que caracterizaron los comienzos de la época cuaternaria. El suelo será más fértil, pues el aumento de la temperatura del aire que lo cubre aumentará la cantidad de vapor de agua contenida en la atmósfera y aumentará igualmente la abundancia de las precipitaciones acuosas; de ello resultarán cosechas más ricas y habrá una vegetación más abundante a la disposición de los hombres que vivan en esos tiempos privilegiados.

Pero esto no será sino un momento de calma en la marcha de la tierra hacia la vejez y la muerte; el Sol, al cabo de un considerable número de siglos, número que Helmholz evalúa en 17.000,000 de años, a consecuencia de la continua pérdida de calor que sufre a causa de su radiación, estará reducido a un cuarto de su volumen actual y, mucho antes de que esta contracción se haya realizado, la temperatura del globo terrestre, insuficientemente caldeado por un astro enfriado, no sobrepasará de 0°. La vida, pues, no durará tanto sobre la Tierra, y el gran físico alemán fijaba su persistencia última en unos 6.000,000 de años.

¿Qué ocurrirá entonces a la Tierra misma, privada por una muerte general de todos los seres vivos que poblaban su superficie? ¿El hombre, utilizando las fuerzas naturales, aprovechando las nuevas fuerzas que la ciencia, llevada a su paroxismo, habrá descubierto todavía, llegará, mediante la captación de energías extraterrestres a alejar el momento fatal? ¿Habrá conseguido trasmitir a otros mundos el resultado de las conquistas de su genio, que habrá lentamente descifrado, en el curso de la historia del globo, uno después de otro, los obscuros enigmas del libro de la Naturaleza, cuyas leyes habrá en fin conseguido conocer?...

Sea de ello lo que fuere, el Sol al enfriarse, hará bajar la temperatura de la Tierra; ella descenderá muchos grados bajo cero y el globo entero entrará en el período de la muerte final; entonces las condiciones materiales de toda existencia, tal cual hoy las conocemos, no se realizarán ya. La vida habrá desaparecido de la Tierra.

No recibiendo ya del Sol enfriado suficiente cantidad de calor, los océanos y los ríos se transformarán en masas de hielo, y, las nubes de la atmósfera condensadas en nieve que se precipitará sobre el suelo, no cubrirán más la Tierra ni la protegerán contra la radiación hacia los espacios celestes: se puede afirmar que a partir de ese momento la temperatura seguirá bajando con gran rapidez.

El anhídrido carbónico desaparecerá a su vez: tan pronto como la temperatura sea suficientemente baja, se precipitará sobre el suelo en estado de nieve fina, nieve que hoy empleamos en nuestros laboratorios para la producción artificial del frío. Esta condensación hará desaparecer la última defensa de la Tierra contra la radiación; por consiguiente el enfriamiento se hará cada vez más rápido. Cuando la temperatura llegue a 73° absolutos (200° bajo el cero de nuestros termómetros), harán su aparición nuevos océanos que se acumularán en las cavidades formadas por los hielos que cubrirán el planeta. Estos nuevos océanos provendrán de la liquefacción del azoe y del oxígeno, y la atmósfera en extremo rarificada, no contendrá más que hidrógeno y helio. La corteza enfriada recubrirá, pues, un globo exteriormente inerte, pero cuyo interior contendrá esa masa semi líquida que permanecerá aún durante miles de siglos en estado incandescente. Una parte muy ínfima de este calor llegará hasta la superficie por conductibilidad a través de la corteza, más espesa cada vez, y la temperatura no se sostendrá sobre el cero absoluto sino gracias a las radiaciones postreras del sol agonizante, que después de haber pasado al color rojo obscuro, concluirá a su vez por apagarse definitivamente.

Y entonces, sobre la superficie de este astro, que no será ya el refulgente globo de fuego que hoy vemos, y que habrá entrado en su período final, se formará una costra superficial, análoga a la que se formó al comienzo de la historia de la Tierra. Será primero una película frágil, continuamente

rajada y rota por los esfuerzos de la energía interna, y que se fragmentará sin cesar para dejar escapar las lavas interiores, pero poco a poco la corteza solar adquirirá continuidad.

A partir de ese momento, su enfriamiento se efectuará más rápidamente que el de la tierra, pues no habrá ni siquiera un astro tibio que le envíe un resto de calor. Es en la noche perpetua apenas alumbrada por el resplandor de lejanas estrellas cuando el Sol verá precipitarse sobre él el vapor de agua de su atmósfera, que irá a formar océanos que desconocerán la luz de un día imposible: nacidos apenas, estos océanos se transformarán en planicies heladas. Los gases de la atmósfera solar se condensarán a su vez y el Sol también será un globo cuyo interior encerrará una inconmensurable cantidad de energía, pero cuyas paredes atermanas lo preservarán durante millares de años del enfriamiento total. El seguirá su camino a través de los espacios, llevando en pos de sí su cortejo de planetas superficialmente apagados, como caminaría un inmenso obús cargado de una colosal cantidad del más formidable explosivo constituido por las combinaciones endotérmicas acumuladas en su centro y conservándose a una temperatura de varios millones de grados. La Tierra, de más modestas proporciones, seguirá gravitando alrededor de su antiguo Sol superficialmente apagado, pero cuya reserva de energía no espera más que una ocasión para volverse a manifestar, para liberarse con acompañamiento de un colosal desprendimiento de calor.

* *

La Tierra ya fría, gravitando con sus planetas hermanos al rededor de un sol apagado, constituirá desde entonces un mundo «muerto». ¿Será posible la resurrección de este mundo? El gran físico Arrhenius responde que sí.

Es el choque de dos esferas apagadas vagando en el espacio, lo que, según el ilustre físico, puede traer consigo la renovación de un cuerpo celeste. Sin embargo, las estrellas más vecinas se encuentran a tan grande distancia de la Tierra que la luz, con todo y que se propaga con una velocidad de 300,000 kilómetros por segundo, tarda diez años en franquear la distancia que la separa de nosotros.

Luego, como nuestro Sol camina en el espacio hacia la constelación de Hércules con una velocidad de 20 kilómetros por segundo, necesitaría por lo menos cien mil millones de años para recorrer esta distancia y, por consiguiente, para que la colisión fuera geométricamente posible.

¿Pero es que acaso no hay en el cielo más que astros luminosos, «estrellas vivientes»? Hemos supuesto nuestro Sol apagado, viajando en el espacio después de su muerte: ¿no es posible que en su camino se encuentre otro astro también apagado, desde luego invisible para nosotros, y situado a una distancia más corta? Las probabilidades para que este encuentro tenga lugar aumentarían a medida que la distancia entre los dos astros errantes disminuyera y ello a consecuencia de la atracción que aumenta proporcionalmente al cuadrado de la disminución de la distancia que les separa. Se ha aplicado el cálculo de probabilidades a este caso más pronto realizable y se ha encontrado que el tiempo «probable» que puede trascurrir hasta el próximo choque, es de la magnitud de un trillón de años, algo así como 100 veces más que la duración de la vida de un sol.

¿Cómo se realizará este choque formidable? Se ha calculado que los meteoritos que caen sobre el sol lo hacen con una velocidad de 600 kilómetros *por segundo*. Podemos así imaginar lo que será el encuentro de dos cuerpos celestes animados por lo menos de esa velocidad. Este choque será muy probablemente oblicuo, pues las probabilidades de encuentro normal son mucho más remotas. El choque deberá, pues, imprimir al sistema resultante un movimiento de rotación cuya velocidad periférica será enorme y alcanzará sin duda a varios centenares de kilómetros por segundo.

Aun cuando los dos cuerpos que así chocaran estén completamente fríos hasta el centro, la fuerza viva del choque, transformado en calor, sería suficiente para volatilizar enteramente toda la materia constitutiva. Pero sabemos que esos cuerpos en realidad son *obuses* llenos de combinaciones endotérmicas, verdaderos «explosivos», cuyo origen se traduce por la velocidad con la cual son expulsados los chorros que, actualmente, forman las protuberancias solares. Esta energía es sin duda alguna millares de veces más potente que la de nuestras más poderosas pólvoras modernas. En cuanto a la «posibilidad» de tales combinaciones, el continuo desprendimiento de calor de los cuerpos radioactivos nos ofrece un ejemplo a todos familiar. Según toda probabilidad las combinaciones endotérmicas resultan de la unión del hidrógeno y del helio con el carbono y los metales y se han formado durante la evolución de los soles en el curso de su período de brillo. Cuando se produce un choque entre dos soles apagados, los explosivos puestos en libertad se descomponen en sus elementos últimos, desprendiendo tal cantidad de calor que su evaluación es imposible.

En ese momento se produce la volatilización del núcleo descompuesto que da nacimiento a un astro brillante, a una estrella nueva, a una «*nova*» como la *nova Persei;* algunas veces son varios los astros que pueden resultar de la colisión y son productos de la primera aglomeración de materias incandescentes. Luego dos chorros gaseosos laterales que resultan de la oblicuidad del choque, se lanzan en espiral centrífuga, con una velocidad de varias centenas de kilómetros por segundo y los gases que ellas encierren constituirán, al destenderse en el espacio, las espirales de una nueva nebulosa cuyo núcleo, o núcleos serán estrellas nacientes. Así se habrá formado un sistema nebuloso con una estrella en su centro y todas las faces por que han pasado nuestro sol y sus planetas podrán reproducirse al recomenzar un nuevo ciclo.

Ello será realmente la «*resurrección de un mundo.*» Y, una vez más, en este gigantesco cuadrante del cielo, donde la vida de los soles mide los minutos, el reloj de la Eternidad habrá terminado una de sus vueltas.

(Trad. y envío de T. V. B.)



Sobre la teoría del Estado de Juan Jacobo Rousseau

Por RODOLFO STAMMLER

[A las siete y media de la tarde de ayer se congregó en el salón grande del Ateneo (1) un selecto público de profesores, juristas, estudiantes y periodistas, para oir al profesor Stammler su conferencia sobre «La teoría del Estado de Juan Jacobo Rousseau».

El profesor Jiménez Azúa saludó al señor Stammler en nombre del Ateneo; recordó al auditorio la significación científica del orador y su posición en el pensamiento jurídico alemán, y le cedió la palabra.

Al ponerse en pie el conferenciante se le tributó una salva de aplausos; explicó el profesor su conferencia en alemán, y las palabras fueron escuchadas con vivísimo interés.

Al terminar, se oyeron nuevos y prolongados aplausos.

Después, el señor Jiménez Azúa leyó la traducción castellana del resumen que ha hecho el mismo profesor Stammler de su interesantísima conferencia.

Ese resumen es el que damos a continuación].

STAMMLER Y SU EMOCION.

Ayer presenció el Ateneo un espectáculo poco frecuente. Un profesor de teoría del Derecho daba una conferencia sobre su asignatura; pero su voz vibraba, sin embargo, con la emoción de una tragedia en su momento catastrófico. Era, ciertamente, fascinador el tema: «Rousseau y su «Contrato social». Lo trataba, además, el profesor Rudolf Stammler, que es uno de los tres o cuatro hombres en Europa que pueden decir algo interesante sobre el asunto. Por añadidura se nos mostraba una idea original de la cuestión. El contrato social no es una explicación del Derecho, sino su legitimación, decía Herr Stammler. La voluntad general no es tampoco la de la mayoría, cosa que ya había negado Rousseau, ni ha de entenderse como una mística voluntad colectiva; es el fin del Derecho, lo que debe ser el Derecho. Pero lo que dijo Herr Stammler ya lo verá el lector en otro lugar de este número.

Lo que habría sido de desear es que hubieran asistido a la conferencia no tan sólo el contado número de intelectuales españoles que pueden entender el alemán, sino los muchos que no pueden entenderlo. Una cosa, cuando menos, les habría sacudido el espíritu, y es la emoción del conferenciante, que acaso se escapaba a los que precisamente por entenderle estaban concentrando su atención en tratar de comprenderle totalmente. Aunque solemos acusarnos de ignorantes, no es ese el pecado mayor de nuestros intelectuales. Acaso ayer se reunían en el Ateneo tantas personas capaces de enumerar diversas teorías del Estado como en cualquier centro análogo de cualquier otra capital europea. Ya tenemos casi bastantes hombres que pueden decir: Stammler dice, Dicey dice, Jellinek dice, Duguit dice. Pero no es así como se hace la ciencia. Esto es lo que ayer pensábamos, oyendo a Herr Stammler.

El profesor Stammler no es uno de esos hombres que cuentan fríamente: «Unos dicen que dos y dos son cuatro; otros dicen que dos y dos son cinco; lo probable es que sean cuatro y medio». Herr Stammler es, sobre todo, la emoción de la verdad, la emoción de la hipótesis que a la verdad conduce, la emoción de la fidelidad a esta verdad, y la emoción de la fidelidad a la fidelidad, que no en balde cantaba ayer el profesor las bellezas de la fidelidad, no tan sólo con esta alma del siglo XX, que vuelve los ojos, en busca de su Edad de Oro, a la Edad Media, sino con lira de poeta y alma de soldado. El valor del profesor alemán no consiste tanto en lo que dice, sino en la emoción con que lo dice. La ciencia se hace, pensábamos anoche, engendrando una hipótesis en un momento de pasión y siguiéndola, como a nuestro destino, en una vida de cariño. Y la ciencia se trasmite no sólo por el saber, sino por la emoción. Este es el último secreto de la ciencia alemana: el mucho amor que en las ideas ponen los alemanes.

(Editorial de *El Sol*, Madrid).

I

Es sabido que Juan Jacobo Rousseau constituye una de las figuras más relevantes del siglo XVIII. Este hombre extraordinario ha descollado en las más diversas esferas. En el campo de la literatura, particularmente con su novela «La Nueva Eloísa»; en el terreno de la pedagogía, con «El Emilio»; en la política práctica, con distintos escritos acerca de cuestiones de la época, debiendo notarse que Rousseau no desempeñó nunca funciones importantes ni se aplicó regularmente a cargo alguno o profesión, sino que se condujo siempre en su vida del modo más tornadizo y no siempre loable. Nació en 1712 y murió en 1778.

Pero toda su obra de escritor queda eclipsada por su teoría del Estado. Hacia el año cincuenta concurrió a un premio sobre el tema «Consideraciones acerca del origen y causas de igualdad entre los hombres», y en 1762 escribió el «Contrato social» con el subtítulo «Principios de derecho público». Pocos libros han tenido el influjo histórico de este librito. Nos proponemos, en lo que sigue, expo-

(1) Artículo tomado de *El Sol*, Madrid.

ner, primeramente, los pensamientos fundamentales de esta teoría y en qué estriba su significación práctica, para examinar, finalmente, de un modo crítico, si es fundada la teoría del Estado de Rousseau.

II

En toda consideración fundamentada del Estado y de la vida social, hay que preguntar en «qué sentido» se trata de aclarar las cosas. Es preciso distinguir ante todo la consideración «genética» y la «sistemática». Aquélla pregunta, por la manera como algo se ha producido; ésta pregunta, qué es y qué significa. Frecuentemente se ha creído que la teoría de Rousseau era una teoría genética, interpretándola en el sentido de que quería explicar cómo en su tiempo habían venido al mundo el derecho y el Estado, y que esto había ocurrido por medio de un contrato. Tal interpretación es equivocada. El propio Rousseau, en la primera página de su libro, declara que no quiere hablar de este asunto: «Je l'ignore». Lo que quiere investigar es cómo pueden legitimarse el derecho y el Estado, lo cual, según él, sólo es posible considerando la comunidad política en el sentido de un contrato entre miembros con iguales derechos.

Ahora bien, todo contrato social ha de tener un fin determinado. ¿Cuál es el fin del Estado? Según Rousseau, la intención de fomentar la dicha de «todos los hombres pensables». Este fin del contrato social lo expresa Rousseau con este original concepto: «Volonté générale». No podía menos de ser mal comprendida esta expresión del agudo teórico. Las gentes se obstinaron en creer que Rousseau se refería con ella a la voluntad de una mayoría. Contra esta interpretación protesta él mismo repetidas veces: No: «volonté générale» es algo «cualitativo» y no «cuantitativo». Es completamente distinta de la «volonté de tous». Una decisión del pueblo tomada por unanimidad puede no estar de acuerdo con la «volonté générale», porque la intención predominante miraba al bien de determinadas personas, o de una determinada clase, o a la felicidad de este pueblo solamente, en vez de mirar a la felicidad de «todos los hombres pensables».

III

En nuestra época práctica nada tiene de particular que se pregunte en seguida cómo se figuraba Rousseau que se podía aplicar prácticamente su pensamiento. ¿Quién va a decidir si el acuerdo corresponde a la «volonté générale»? Pero esto no le preocupa a Rousseau. Sin duda, le parece que el problema aquí planteado no es mayor que el que se plantea con esta otra cuestión: ¿Quién decide acerca si una doctrina científica es o no verdadera? No es posible encontrar una instancia humana infalible. Sólo propone Rousseau que para decidir acerca de una ley sean preguntados «todos», con la restricción fatal, de que propiamente con este «todos» se refiere a todos los ciudadanos varones mayores de edad. Pero de todos modos condena el parlamentarismo, especialmente el inglés. El pueblo gobernado por un Parlamento, dice, sólo es libre el día que lo elige. Toda persona ilustrada sabe por la historia qué poca fortuna tuvo Rousseau con este pensamiento de que el ideal era la legislación directa por el pueblo, que le había sugerido el ejemplo de su patria suiza. Ya la Revolución francesa abandonó en este punto la doctrina de Rousseau. El abate Sieyes, conocido principalmente por su escrito contra los privilegios y sobre el tercer Estado, defendió el parlamentarismo, como redactor de varias constituciones de la República francesa de entonces. Así, decía, le quedaba al pueblo más tiempo para dedicarse a sus negocios. Hoy sólo quedan Concejos con Gobierno directo en seis cantones suizos, y sólo subsiste como complementaria la legislación directa por decisión del pueblo.

IV

La principal significación de Rousseau en la historia universal está en la destrucción del régimen feudal. El derecho feudal llevaba ya entonces casi mil años de existencia. Nació en Francia apoyado en instituciones germánicas después de la batalla de Tours y Poittiers, y había dominado enteramente el Estado medioeval. Entraban en él estos elementos: en primer término, los señores feudales, en una jerarquía a cuya cabeza estaban el Papa y el Emperador, que recibían inmediatamente de Dios su dignidad; luego, los vasallos; después, el feudo, que se cedía al vasallo en usufructo real, y, por último, la fidelidad, una fidelidad recíproca y absoluta del haber y la sangre.

Ya en la Edad Media podían observarse síntomas de la decadencia del régimen feudal. La naciente economía monetaria amenguaba la importancia del patrimonio territorial; la invención de la pólvora y la transformación de la guerra redundaban en daño de la caballería. Federico Guillermo I de Prusia abolió la suprema jurisdicción feudal que le correspondía y creó la burocracia y el ejército modernos. Pero quien dió el golpe de muerte al régimen feudal fué el «Contrato social». La exigencia de la igualdad era incompatible con la severa jerarquía feudal. Esto se expresa perfectamente en aquellos versos publicados en 1809 por el poeta alemán Max von Schenckendorff: «Dulce época de la lealtad feudal. No cambiaría la seguridad de los tiempos viejos por las nuevas teorías francesas». Hoy sólo quedan leves restos del antiguo feudalismo, sin la menor significación política.

V

Lo primero que tenía que proponerse Rousseau era llegar al concepto del derecho. Pues todo hombre pensador ansía distinguir entre el orden jurídico y el mero poder arbitral. Ahora es una peculiaridad de la doctrina de Rousseau el que para él sólo

existe el derecho cuando es justo. Y en esto yerra. Pues el querer jurídico de los hombres se diferencia de las otras clases de querer por notas conceptuales que no tienen nada que ver aún con el pensamiento ideal de la justicia. Más bien hay que distinguir el derecho de la moralidad, que se refiere a la vida interior del hombre; de la costumbre, que se presenta como mera invitación convencional sin poder coactivo, y del arbitrio, que procede del capricho subjetivo de un poderoso, acaso con la mejor intención. Para distinguir conceptualmente el querer jurídico de las demás clases del querer humano, no se puede apelar a la justicia. No se puede, por ejemplo, decir: el derecho es la ordenación «justa» de las apetencias humanas, y la moral o la costumbre la ordenación injusta. Puede haber también derecho injusto cuando un querer social responde al concepto del derecho—en contraposición a la moral, la costumbre y la arbitrariedad—; pero no se adecúa a la idea de la justicia. He aquí por qué no resolvió acertadamente Rousseau la tarea de explicar el concepto del derecho.

VI

¿Pero en qué consiste la idea de la justicia? ¿Cómo puede ser fundamentada? Como arriba se ha anotado (II), Rousseau se refiere a la «volonté générale» como aquel querer que se encamina a conseguir la felicidad de «todos» los hombres. No puede decirse que haya estado afortunado mezclando aquí el problema de la felicidad. Pues toda la teoría de la felicidad y del placer es necesariamente subjetiva, por lo cual no puede fundarse en ella la ley general del querer. Esto lo había enseñado ya Platón en el quinto libro de su República y también más tarde después de Rousseau; pero ante todo, Kant, en la «Crítica de la razón práctica», en la cual se considera al «imperativo categórico» del deber como la ley suprema. Pero hay que tener en cuenta que la felicidad a que Rousseau se refería era a la de «todos los hombres pensables» con lo cual exponía acertadamente la diferencia entre la apetencia puramente subjetiva y la ley general. Pero esta ley general no puede consistir en la libertad absoluta, pues una libertad absoluta no es posible en la vida política, pues se sobrentiende que cada cual tiene que respetar a los demás. No puede ser tampoco el principio de la igualdad exterior, pues los hombres son desiguales entre sí, y sólo en la idea puede encontrarse una manera de ordenación formal incondicionada. El pensamiento de una ordenación absolutamente justa de la vida social hay que buscarlo en la representación de que se acepta como posible una armonía perfecta entre las innumerables y diversas aspiraciones individuales. Esta armonía perfecta no la veremos nunca realizada en el mundo limitado de nuestra existencia concreta; pero constituye la idea directriz, con arreglo a la cual se puede juzgar y resolver en las cuestiones particulares.

Rousseau no dijo, pues, la última palabra en el camino de la consideración filosófica. Pero dió una sugestión poderosa que ha hecho posible el progreso realizado, sobre todo desde hace unos ciento cuarenta años, por la filosofía crítica.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica